

GLOSAS Y COMENTARIOS

ACTITUD APOSTOLICA EN AMBIENTE OBRERO FRENTE AL PROGRESISMO

En un número anterior de esta Revista hemos trazado las líneas fundamentales de las desviaciones progresistas, según el estudio de Gaston Fesard (*De l'Actualité Historique. II. Progressisme chrétien et apostolat ouvrier*), salidas del contacto de apóstoles con la masa obrera impregnada de marxismo.

Trazaremos ahora un esbozo de la recta actitud apostólica en medio obrero, como lo hace el mismo autor, el cual a su vez se ayuda del P. Loew, O. P., en su obra *Journal d'une mission ouvrière* y de la militante M. Delbrel en su obra *Ville marxiste Terre de mission*.

Tres descubrimientos: *pobreza, justicia, historia* constituyen un conjunto dialéctico e histórico de tres momentos, en que se manifiesta todo lo esencial del método marxista.

Antes de investigar por qué y cómo la ambigüedad de estos tres términos puede y debe ser descubierta desde el más simple enunciado, procuremos penetrar el lazo dialéctico, y para facilitar su inteligencia, analicémoslo bajo la forma de un silogismo práctico.

Su mayor está constituida por dos primeras proposiciones: los trabajadores asalariados son pobres y oprimidos, los patronos capitalistas son ricos y explotadores. La *pobreza* tiene aquí el primer sitio, pues la justicia todavía no se evoca sino implícitamente a través de la diferencia del patrono y del trabajador. Así la verdad de esta proposición parece referirse simplemente a la realidad natural y humana del «proletariado», antes de que se establezca toda forma histórica, y procede únicamente de la observación y de la pura razón.

Una vez obtenido el acuerdo de los apóstoles obreros sobre esta mayor, el método comunista debía proponerles como menor, una aplicación práctica: los salarios obreros de tal empresa son enormemente bajos, es justo luchar, hacer la huelga para obtener su mejora. Aplicación en que la verdad universal de la mayor aparece todavía a través de su determinación particular

que tiende a realizar concretamente la *justicia*, antes simple objeto de una evocación implícita. Como el primer momento, este segundo parece fundado, independientemente de toda forma histórica, sobre un principio de moral puramente racional. Pero como hace un llamamiento a la libertad en nombre de la justicia, orienta la voluntad hacia el porvenir, mientras la constatación de la pobreza dirigía la inteligencia hacia el pasado.

Pronto, concedida la legitimidad de esta aplicación práctica, el apóstol obrero ha de pasar entonces a la ejecución, a la acción misma. Esta aparece, pues, como el fruto de las premisas anteriores y el punto de partida de una reflexión crítica, tanto sobre la mayor como sobre la menor, con vistas a reproducir el conjunto del proceso con una eficacia cada vez mayor. Síntesis actual de la inteligencia y de la voluntad como del pasado y del porvenir, esta conclusión del silogismo ya no permite que su encuadramiento en forma histórica quede completamente en la sombra. Pues la crítica de la mayor, universal y teórica, como de la menor, particular y práctica, que han sido unidas en la acción singular de las libertades, no puede hacerse sin referencia a una visión total del hombre y del mundo. Por tanto, en este momento último del proceso es donde el apóstol obrero puede tener algún sentimiento de una oposición entre su concepción cristiana y la que le propone la forma marxista. Así por poco que se descuide en preguntarse sobre este sentimiento o en renunciar a discernir su calidad, comienza a nacer en él la «conciencia de clase», la «conciencia proletaria», que pronto entrará en rivalidad con su conciencia cristiana y acabará quizás por suplantarla.

Después de esta mirada sobre el conjunto de este proceso, volvamos a su punto de partida e intentemos determinar en qué condiciones y cómo el apóstol del proletariado puede escapar a los «cepos» que se le tienden en cada momento por el solo hecho del «vocabulario».

Los trabajadores son pobres y oprimidos, los patronos ricos y explotadores, he aquí la doble proposición en que se resume el resultado del primer contacto del apóstol con el medio obrero. Evidentemente, su sequedad hace abstracción del «clima de solidaridad, de entrega, de sacrificios palpables», en que se hace este descubrimiento, mientras el Comunismo mantiene el calor de un tal clima, y saca de él su principal fuerza afectiva. El marxismo asume su tarea haciendo un llamamiento a la fuerza universal más comprometida con el misterio: el dolor de los pobres. Son los pobres y sus sufrimientos evitables los que el marxismo meterá en el centro de su meta. Estos sufrimientos los tomará casi religiosamente en serio. Del sufrimiento de los pobres, de la injusticia criminal entre los hombres, hará el marxismo una especie de pecado social que va de generación en generación, actualizado por grupos humanos sucesivos cuyos miembros están como identificados con este pecado. De este pecado histórico, el dolor de los pobres opera la redención. Esta redención tiene por medio el odio, la lucha que salta del dolor...

Desconfiar del aura mística alimentada por el Comunismo alrededor del «dolor de los pobres» y de su «esperanza», es, pues, el primer deber del apóstol del proletariado, la condición previa de un examen, en su desnudez,

de los dos enunciados en que se presenta a él el marxismo y pendiente de los embustes tendidos a su inteligencia. Pues, si subyugado por esta aura, las acepta como puras constataciones y verdades de valor absoluto, su fe será cogida por un engranaje dialéctico del que ya no acertará a salir y en que quedará fatalmente enredado.

Desde el principio importa mucho distinguir lo que en el doble enunciado de la mayor tiene de forma marxista, y oponerle la forma cristiana. Ahora bien, para hacer este discernimiento necesario, basta saber que, según el marxismo, la propiedad privada constituye el pecado original de la sociedad y que la lucha de clases es el motor del acontecer histórico. Para el comunista, la palabra *pobre* no puede tener el mismo sentido que para el cristiano.

Puesto que su interlocutor se coloca en un terreno simplemente natural y humano, en este nivel el apóstol se ha de esforzar también por mostrar la relatividad de las dos proposiciones que el marxista presenta como verdades absolutas. Sin duda, puede observar, poder y riqueza patronales son hechos innegables como dependencia y pobreza obreras. Y es verdad que una explotación injusta es a menudo el origen de una tal diferencia. Pero no hay en ello una unión necesaria. En U.R.S.S. el obrero ¿no es en verdad siempre un asalariado y, además, está privado del derecho de recurrir a la huelga para mejorar su suerte? Y los representantes del Estado, su patrono, ¿no gozan de un nivel distinto del suyo? Simples reflexiones de buen sentido que, seguramente, no dirimen las discusiones posibles hasta el infinito tanto sobre los hechos como sobre la esencia de lo político y de lo económico, a propósito del capitalismo y del Comunismo. Sin embargo, bastan para meter en cuestión las dos verdades propuestas en forma marxista.

Pero el apóstol obrero no puede quedarse aquí. Después de haber descubierto el engaño de su interlocutor que no se sitúa sino en apariencia sobre un plano natural y racional, para cumplir con su misión ha de elevar en seguida el debate y proponerle la misma realidad en forma cristiana, bajo el aspecto más concreto y más fácilmente perceptible a su buena fe latente. Podrá por ejemplo preguntarle: la posesión de los bienes materiales, por grande que se la suponga, ¿basta para asegurar a cada uno de nosotros la perfecta felicidad, y aun la independencia total? Al revés, la pobreza no es la desgracia en sí, ni tampoco la servidumbre. Si no, ¿cómo explicar que él, el apóstol de origen burgués ha optado por vivir en la condición obrera y considera su vocación como el mayor de los bienes y la libertad más perfecta?

Por una tal actitud y por reflexiones tan sencillas, el apóstol realiza la exacta unión y distinción de lo natural y de lo sobrenatural en la historicidad concreta más cercana y perceptible a su interlocutor. Por este hecho, la «fosa» entre mundo burgués y mundo obrero deja de ampliarse un poco más. A los camaradas el apóstol les ofrece, quizás por la primera vez, la ocasión de reconocer que el «proletariado» no es la fuente única de toda verdad y de todo valor. Sin duda, para el interlocutor comunista la vocación de evangelizar a los pobres es incomprensible misterio, así como «la pobreza cris-

tiana» se hace inaceptable e incomprensible para el marxista. Pues éste, a esta voluntad de desposesión opone una voluntad de posesión según un máximo de justicia. Esta pobreza obliga al cristiano a decir que forma parte de un pueblo cuyo bien es Dios. Todo el mensaje de Cristo va hacia la desposesión voluntaria de lo que cautiva el corazón del hombre y lo hace autónomo frente a Dios, es decir, idólatra. Pobreza cristiana y desnudez marxista podrán parecer casos semejantes, pero desde sus primeros pasos se dividen.

Después de haber triunfado así de la mentira que le proponía el primer tiempo de la dialéctica marxista, el apóstol puede afrontar ahora el segundo momento. Como la pobreza era, en la mayor del silogismo, la palabra ambigua encargada de reducir su inteligencia, así la palabra *justicia* en adelante debe comprometer su voluntad en la menor que le hace pasar a la acción.

En este estadio, la forma marxista consiste en eso: a partir de una injusticia cierta, sufrida por los trabajadores de tal empresa, amplía y endurece más y más este caso particular de manera que aparezca la oposición de los obreros, pobres y oprimidos, a los patronos, ricos y explotadores, como la de dos «clases»; y al mismo tiempo presenta este conflicto limitado y de orden simplemente económico como un episodio de una lucha que ha de extenderse a todos los dominios y que ha de emplear todos los medios para hacer reinar la justicia entre los hombres.

Que el apóstol se ha de comprometer en una huelga que tiende a reparar la injusticia sufrida por sus camaradas de trabajo, que pueda aun figurar en la primera línea del combate y asumir más riesgos que ningún otro, la cosa no es dudosa. Pues, ya se ha dicho, es el medio de probar que su amor de la justicia es sincero y real. Ya nada le puede apartar de manifestar su condenación de injusticias sociales más amplias contra las que nada puede inmediatamente pero que son manifiestas y su simpatía respecto de aquellos que se han revuelto contra ellas. Así mostrará a sus camaradas que la justicia es para él un asunto tan grave y serio como para ellos y que a los ojos de su fe, contrariamente a lo que pretende el ateísmo marxista, el creer en Dios no da la resignación y el silencio ante el mal del hombre.

Pero, al mismo tiempo que plantea firmemente estos principios y conforma con ellos su palabra y su conducta, el apóstol también ha de descubrir la ambigüedad de esta palabra «justicia» y mostrar toda la distancia que separa la justicia marxista ante todo de la justicia simplemente humana, y luego de la justicia cristiana.

Aquí todavía, algunos hechos concretos y muy sencillas reflexiones le permitirán iluminar el peligro de este «proceso comprensible, pero muy grave» que Michele Aumont, hablando del compromiso sindical, llama: «un absoluto de la reivindicación obrera que determina un comportamiento exclusivamente obrero, encerrado sobre sí mismo, limitado y estrecho». «Por sus representantes, añade ella, la clase obrera plantea la afirmación de sus derechos. Tiene razón en hacerlo. Pero ¿dónde se ve la afirmación complementaria de sus deberes, no solamente respecto de sus miembros, sino res-

pecto de la colectividad entera y del bien común? A la inversa de las injusticias contra las que los trabajadores luchan, las reivindicaciones obreras *exclusivas* ¿no tienen el riesgo, a su manera, de matar en el huevo la comunión humana? Batirse por sus camaradas, por la ascensión de la clase obrera no ha de impedir el quedar fiel a valores más elevados todavía, a los que dan a la lucha obrera su sentido y su razón de ser, pero sin limitarse a ellos, los valores de siempre y de todas partes: el don, el servicio, el sacrificio, la gratuidad. Reivindicar es una etapa y un medio; amar y dar pueden solos ser un fin. En tanto que el militante no llega a eso, «compromiso» no va bastante lejos y no encarna todo su valor».

De la misma manera, el apóstol podrá fácilmente mostrar que la justicia invocada por los comunistas es una noción singularmente parcial y eminentemente variable, puesto que es en definitiva siempre relativa a los intereses del «proletariado», del que el Partido juzga en último resorte. Además, como si este fin le confiriese todos los derechos, no retrocede ni ante el empleo de los medios más condenables, ni ante los atropellos de justicia más irritantes, aunque sea respecto de los miembros del Partido. Brevemente, es una *justicia de clase* que pretende estar movida por el amor de la humanidad futura, pero comienza por movilizar el odio contra quienquiera se niega a someterse al destino del proletariado y a aceptar como penúltima etapa de su propia historia la dictadura proletaria.

Por eso mismo, el apóstol explicará ante todo su negación a comprometerse por causas cuya justicia es incierta, luego a emplear medios injustos aun para aquellas cuya legitimidad no es dudosa, en fin, a contribuir, aunque sea sólo por una firma bajo un llamamiento por la paz, al triunfo de una dictadura que utiliza el odio y oculta cuando es menester una injusticia flagrante. Otras tantas exigencias de la *justicia humana*.

Semejante actitud, no hay que disimularlo, no será siempre fácil de guardar ni facilitará la «naturalización» del apóstol en su medio. Pero también, aquí, por referencia a su vocación personal, le conducirá a descubrir a su interlocutor comunista y a sus camaradas la verdad de la justicia cristiana. Esta le prohíbe creer en la felicidad y en el orden social perfectamente realizados sobre la tierra para la humanidad futura, y sobre todo odiar y dañar a quienquiera en nombre de una tal fe. Pero al mismo tiempo le pide sobrellevar con gusto el peso de las injusticias contra las que nada puede inmediatamente, a imagen de Jesucristo que, para reparar la injusticia del hombre respecto de Dios, se hizo el paciente de las penas merecidas por ella.

Afirmando así que, por su fe, la justicia de Dios es fuente de la justicia humana, tanto social como individual, el apóstol manifiesta la razón profunda por la que denuncia la justicia de clase y se niega a dejarse comprometer por su violencia y su parcialidad. Y del mismo golpe, muestra a su interlocutor comunista que la fraternidad humana fundada sobre la justicia cristiana es universal y, no para un *mañana* hipotético, sino para *hoy*. Pues, por el hecho de que su amor no excluye ni aun a los ricos y los poderosos,

triunfa desde ahora sobre el odio provocado por las injusticias que puede sufrir de su parte.

Sin duda, en la medida misma en que estas opciones y negaciones denuncian la mentira de la justicia marxista, el apóstol se expone a un aislamiento relativo en un medio que, al principio, no comprende las razones de una tal actitud, aun al odio de los dirigentes del Partido que discernirán pronto el peligro para su influencia de una fe tan lúcida y no dudarán en emplear todo su poder para desacreditar y hacer callar a éste que molesta. Pero en este caso, la paciencia del apóstol y su caridad aun para con sus perseguidores serán, aunque por ellos fuera reducido al silencio, una predicación elocuente que por lo menos forzará el respeto de sus camaradas.

Después de haber escapado a las seducciones de la dialéctica marxista, y luego rechazado sus compromisos, el apóstol nada habrá de temer, cuando los comunistas querrán en fin sacar las conclusiones de las premisas hasta aquí puestas. Quizás será entonces perseguido por ellos por causa de su misión, pero por lo menos no tendrá el riesgo de traicionaria. Todo lo contrario, puesto que en este tercer momento, lo hemos visto, su concepción del hombre y del mundo se ha de manifestar sin máscara, el apóstol puede tener la seguridad de triunfar mejor todavía en una lucha a cara descubierta que cuando se disimula bajo las palabras ambiguas de pobreza y de justicia. En adelante ha de tener la firme esperanza: su testimonio en favor de Jesucristo logrará convertir y edificar a aquellos mismos que no pensaban sino en pervertirle o destruirle.

Confrontado con el Comunismo como visión total, este apóstol comprenderá mejor la grandeza sin precedente de la lucha en que su fe no tiene más que un adversario, pero del que antes no sospechaba el poder y la astucia: el ateísmo. Ateísmo vivido casi religiosamente por el marxismo a través de su obediencia al Partido, ateísmo científicamente reflexivo gracias a su método dialéctico e histórico, en fin incansablemente propagado por todos sus actos y todas sus palabras. En un primer encuentro, fatalmente quedará inclinado, al ver los sacrificios de los comunistas y su lucha por la justicia, a pensar que el ateísmo no tiene prácticamente en los marxistas la importancia que la Iglesia le atribuye. Primera tentación de desobediencia a la Iglesia y fruto inicial de una mentira. Siendo el ateísmo parte integrante del sistema marxista y el odio de Dios su fin, los marxistas y el marxismo son rigurosamente uno por la adhesión de cada marxista al partido comunista. El partido no separa jamás doctrina y acción. En eso no hay ninguna razón para amar menos a estos hombres, pero existe la exigencia de desconfiar de sí y de este amor débil que tiene miedo de conocer el mal en los que ama. Por heroicas que sean las virtudes de los marxistas, decepcionan cuando hacen creer en un acuerdo parcial entre el marxismo y el Evangelio. Aunque haya coincidencia a veces entre las conductas del comunismo y del cristianismo, sus dos intenciones son *siempre* opuestas en cuanto al fin. Es una temible ilusión pretender que el hombre marxista presenta un modelo de vida.

El apóstol ha de tomar radicalmente el contrapeso: restablecer la pri-

macía del amor de Dios y unir a él indisolublemente el amor de los hombres. Lo cual supone, con un desprendimiento total de las vistas humanas y de todo fin temporal, una vida espiritual de la que el apóstol de los obreros, sumergido como está en condiciones de vida inéditas, deberá inventar el estilo, sin copiar ningún garabato de santidad. Cada acción cristiana deberá revestir un esfuerzo de discernimiento, una voluntad de disciplina, un cuidado por la adaptación, una búsqueda de la fidelidad.

Un esfuerzo de discernimiento que sepa reconocer en todas partes el espíritu del materialismo histórico, como espíritu del ateísmo marxista y espíritu del mal, insinuándose en los asuntos humanos con dosis tan sutiles que sus mezclas con ellas permiten que cohabiten el amor y el odio, el orgullo y la abnegación, el crimen y el sacrificio.

Una voluntad de disciplina que le une a la Iglesia como a un cuerpo, no abstracto o conceptual, sino viviente, operante, fecundo, y le hace así incondicionalmente obediente hacia ella como el comunista lo es hacia su Partido.

Un cuidado por la adaptación que, consecuencia de esta disciplina y parecida aquí también a la del marxista, repugna a todo separatismo entre la doctrina y la acción, y se ingenia por encontrar en cada circunstancia las condiciones de un aspecto del amor de Dios vivido gracias a ellas, traducido por lo que aportan en la vida de hoy, a las gentes de hoy, por las tareas de hoy.

Una búsqueda de la fidelidad, en fin, que haga de la fe no un contrato intelectual en que uno se declara de acuerdo, sino la alianza en la vida y para la vida que la Virgen ha sido la primera en expresar: «Hágase en mí según tu palabra.» Si el amor de Dios se vuelve así libre en nosotros por nuestra entera sumisión a él, Dios no sólo estará presente, sino que se manifestará, algo de El se hará visible a los hombres, a nosotros mismos como a los otros.

Brevemente, si el apostolado en el mundo obrero, sale de una voluntad sencilla y profunda de ir a contrasentido del espíritu marxista, en una intención que contraría esencialmente la suya, y que, partida del amor de Dios para con cada uno de todos los hombres, no cesa de volver a Dios en nombre de cada hombre y de todos, no solamente será auténtico, sino que pondrá a aquel que a él se da, al abrigo de la tentación frecuente en el momento del encuentro con este mundo: la crítica del cristianismo tal como es vivido por los otros. Pues el enfrentamiento con el marxismo será para él la ocasión de tener conciencia de las carencias de nuestra vida cristiana, de las que cada uno es el responsable.

Pero la vida interior no basta para un tal apostolado. Puesto que el marxismo pide a sus fieles una reflexión que une sin cesar teoría y práctica, el cristianismo no podrá hacerle frente eficazmente sino cuando se da a un trabajo análogo, a fin de conocer ante todo el sentido exacto de la doctrina y de la acción marxistas, luego encontrar en su fe iluminada por el Evan-

gelio y la Iglesia el medio de unir también estrechamente su teoría y su práctica en un sentido diametralmente opuesto. Será menester un esfuerzo de inteligencia y de pensamiento. El sistema de pensamiento tendrá que ser también histórico y dialéctico.

Ni basta la presencia cristiana. Es necesario también el apostolado, que se ha de ejercer por la palabra unida al hecho de la fe. Tenemos la verdad histórica sobrenatural. Las condiciones de la palabra no pueden sino coincidir con las de la oración y las dos no hacen más que una cosa.

MARTÍN BRUGAROLA, S. J.